

# CULTO Y ESPIRITUALIDAD

por Rafael M. Cepeda

Para un cristiano contemporáneo, nada hay más importante que este aserto: Cristo se encuentra en medio de nosotros, en la renovación constante de la Iglesia, de los individuos y de la sociedad. Por la acción del Espíritu, Cristo está juzgando a la Iglesia en sus fracasos, fortaleciendo su testimonio verdadero, apoyándola por medio de dones especiales e interviniendo en sus búsquedas.

El Espíritu que nos guía es el Señor mismo, a quien nosotros no podemos dar órdenes, ni manejar a nuestro antojo. Él es el Espíritu del Libertador crucificado y resucitado. Nosotros no podemos entender la acción del Espíritu en nuestro mundo, sencillamente porque no somos participantes de su cruz y de su resurrección. De otra manera, que no nos identificamos con nuestro mundo al punto de morir por él, como hiciera Jesucristo con su mundo. Lo que Él nos pide es que nos neguemos a nosotros mismos, y llevemos nuestra cruz. Esto es también indispensable cuando hablamos de culto y espiritualidad. Cualquier tentativa de adorar sin una previa negación de nosotros mismos, producirá solo un sonido como de metal cuando retiñe. La Iglesia es la comunión de los pobres en espíritu que recite así la promesa para una auténtica renovación,

Nuestro culto está constantemente amenazado por el peligro de confundir el Espíritu de Dios con nuestra «espiritualidad». Una y otra vez nos vemos tentados a proyectar nuestras emociones y nuestras costumbres piadosas en el culto y en el testimonio. Nuestra adoración se centra entonces en nosotros mismos, en nuestros gustos y autosatisfacciones, cuando lo que debemos ser es instrumentos del Espíritu. Pero a pesar de esto, Él está presente a su propia manera divina, llamándonos a la oración por la renovación, en un constante examen de nosotros mismos. En el culto, el hombre no es llamado a deleitarse en sí mismo, sino a enfrentarse con su Señor. No podemos desconocer la locura de la cruz. No debemos temer el constituirnos en una minoría impopular. Nuestra «espiritualidad» no será auténtica si no le damos primaria cabida a las obras del Espíritu de Dios.

La Iglesia tiene que vivir perennemente e ineludiblemente en dos frentes, que no son antagónicos, sino complementarios, como las dos caras de una moneda: tiene que vivir una vida de comunidad, dentro de sus propias fronteras, y tiene a la vez que extraterritorializarse, cara a cara con el mundo, inmersa en él. En ambas formas de la vida de la Iglesia, los creyentes deben conceder un amplio lugar a la Palabra creadora de Dios. El término griego *leitourgia* implica ambas cosas: servicio en adoración y servicio en obediencia diaria. Esto subraya el hecho de que en ambas esferas se trata del mismo movimiento singular y continuo del Espíritu.

No podemos decir, sin embargo, que la adoración comunitaria y el trabajo cotidiano son una y la misma cosa. Esta identificación sería un simplismo. Una actitud obediente y testimonial, de servicio y solidaridad, en la vida «secular» no hace innecesario el culto dominical. Los cristianos se necesitan los unos a los otros para conocer plenamente la voluntad de Dios y responder como pueblo en pacto a su llamado. Las decisiones más importantes que debemos hacer en un momento dado no pueden basarse simplemente en nuestra limitada experiencia personal y en nuestras capacidades racionales. Lo cierto es que todos tenemos necesidad los unos de los otros, y aun de los que vivieron en tiempos ya idos. Esta es la verdadera «comunión de los santos». Solamente junto con otros cristianos podemos ser realmente espirituales, es decir, solo corporativamente podemos ser guiados por el Espíritu a conocer a Dios en Cristo, a amarle y a obedecerle. Cuando cada cristiano por sí mismo sigue su propio camino, se tergiversa el verdadero conocimiento de Dios. Hay que vivir en la comunidad de los liberados por Jesucristo. Pero existe también el peligro contrario: que se pase por alto la vinculación entre el culto y el testimonio. Nuestro culto puede llegar a estar tan separado de la vida cotidiana, que el piadoso cristiano del domingo no puede reconocerse como tal un miércoles por la tarde. Tal separación reduce el culto a un mero ejercicio de introvisión piadosa.

En el culto, por medio de la acción de Dios en la Palabra y en el Sacramento, y por medio de nuestra respuesta en adoración, arrepentimiento e intercesión, se nos recuerda constantemente la realidad de la presencia del Espíritu, y nuestro deber de obedecerle. Así, renovados por su poder, realizamos nuestro trabajo en el mundo de la diaria labor, donde el Espíritu también está presente. El culto que no toma en cuenta la responsabilidad de la obediencia al Espíritu en el trabajo cotidiano, es un culto falso. Lo es más ostensiblemente aquel que está ornado por una predicación vigorosa y un ritual inteligente, pero que insistentemente pretende vivir de espaldas al mundo y rehúsa mezclarse en sus problemas, tales como el discrimen, (sea este racial, nacionalista, religioso o económico), la explotación, el hambre, el desempleo, el analfabetismo y la miseria. Debemos preguntarnos seriamente si el mismo y único Espíritu Santo mora en toda nuestra vida, tanto en la que adora el domingo como en la que trabaja el resto de la semana.

Somos realmente espirituales cuando reconocemos que la obra del Espíritu consiste en llenar de vida integral a los hombres que adoran. Esta adoración tiene sus canales propios, que son: el culto de la proclamación, o celebración de la Palabra, y el ejercicio de los sacramentos.

En el sermón Dios quiere confrontarnos con el juicio, la gracia, y el llamamiento a la misión. Cuando la Palabra no se oye en las palabras humanas de la predicación, el culto degenera, pero ni aun así

deja de ser instrumento de Dios para revelación a su pueblo. Un predicador no tiene autoridad sobre sí mismo cuando predica. Es, como Lutero, «un cautivo de la palabra de Dios». Como siervo de la Palabra, está llamado a ejercer un ministerio profético, que abarca tanto a la Iglesia como al mundo donde la Iglesia está enclavada. Para ser profeta del mundo hay que estar bien inmerso en el mundo, compartiendo sus angustias y esperanzas. Eso le hace también un cautivo de su pueblo, quien lo cerca y lo abrumba, y no le permite vivir aislado. Su palabra, para que sea la Palabra, tiene que ser siempre honesta e inteligible. La Palabra no puede ser falsificada ni torcida, ni está cautiva por las circunstancias. No está como escudo del predicador que busca su propio bienestar, ni como almohada de los oyentes que buscan su propia tranquilidad. La Palabra obliga al oyente a tomar una decisión, ya sea de obediencia, ya sea de rechazo. El predicador debe siempre esperar este doble efecto de la Palabra.

La vida sacramental de las iglesias ha devenido automatización y frialdad, un formalismo vacío de significado, muy distinto de aquella nota auténtica de gozo que caracteriza al Nuevo Testamento. De esta manera se ofrece un culto muy pobre y un testimonio muy inoperante. Se hace necesaria una instrucción bíblica básica en todas las iglesias locales a fin de ayudar al pueblo creyente a comprender el significado de los sacramentos y a celebrarlos con pertinencia. Ambos, el bautismo y la comunión, están vinculados estrechamente a la proclamación de la Palabra. El mundo debe ver también a la Iglesia confesando sus pecados e implorando el perdón de Dios. El bautismo debe ser una ordenación para el ministerio de la Iglesia en su totalidad, incluyendo pastores y seglares. La eucaristía o Santa Cena debe ser integralmente un pacto comunitario, un anticipo de las bodas del Reino.

Sucede a veces que el culto carece de impacto, porque no consigue revelar la presencia de Cristo en medio de su pueblo que lo adora. Muchos se quejan de que cuando se reúnen para adorar nada

acontece espiritualmente. Los participantes en un culto, como consecuencia del mismo, deben rededicar sus vidas a la fe y a la obediencia. En algunas congregaciones la capacidad de adoración está todavía subdesarrollada. En algunas iglesias, el papel predominante del pastor excluye virtualmente al resto de la feligresía de una participación vivencial en el culto. Los pastores y el pueblo por igual necesitan regresar a la Palabra escrita para la renovación del culto, y, a la vez, necesitan encontrar en el mundo de su trabajo y de sus relaciones, nuevas formas de adoración que respondan a las inquietantes preguntas de ese mundo, que está en espera de nuestras respuestas. Muchos de nosotros aun retenemos formas de culto que han perdido toda relevancia y toda utilidad. Debemos eliminar toda forma de restricciones que se imponen a la congregación, o que esta impone a sus ministros, y asociarnos todos en la búsqueda de nuevas avenidas.

Nuestras iglesias difícilmente se dan cuenta de la bendición que el Espíritu Santo quiere impartirnos por medio de los carismas, de los dones que Él da a ciertos individuos, no para que se enorgullezcan de ellos, sino para equiparlos adecuadamente para participar en el trabajo continuo de liberación en la Iglesia y en el mundo. De acuerdo con el apóstol Pablo, ningún cristiano fiel carece de un don particular que el Espíritu santifica y utiliza para bien de muchos. Tales dones del Espíritu deben ser descubiertos y utilizados sabiamente en una adoración corporativa que responda a los clamores de las vidas en esta hora del mundo.

Mientras veamos nuestras reuniones en el templo como un simple medio de lograr un encuentro privado con Dios en Cristo, nos despojamos de un encuentro real y completo con Él, que se verifica cuando ocurre el encuentro con nuestro prójimo en la esfera puramente secular. Lo secular es lo que tiene que ver con el mundo. («Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo...»). El mundo es nuestro objetivo principal. Mientras más íntimo sea nuestro contacto con el hombre del mundo, y más ejemplar nuestro testimonio de vida y servicio, más auténtica será nuestra espiritualidad.

La Iglesia posee su propia realidad concreta dentro del mundo, sin la cual no puede servir al mundo en su enclave específico. A veces, como cristianos, no asumimos las actitudes correctas hacia los que se hallan en el mundo y fuera de la Iglesia. En ocasiones nos acercamos a ellos con agobiante complejo de superioridad; otras veces, en el encuentro, somos nosotros los que nos sentimos desconcertados y aplastados. Ambas actitudes revelan que no vivimos bajo la gracia, que no hemos sido renovados. Nunca debemos olvidar que el Espíritu mismo es el que da testimonio, y que el Señor de quien se testifica fue rechazado por el mundo. («A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron»). Nuestro testimonio tendrá validez únicamente si sirve como canal de comunicación para el testimonio del Espíritu. No podemos pretender una ganancia de popularidad con un Evangelio que es «escándalo» para el mundo. Pero tampoco podemos olvidar jamás que ese Evangelio es «el poder de Dios». Testificar de Jesucristo significa pertenecer a un movimiento revolucionario que nos lleva a enfrentarnos con «principados y potestades», los que controlan la vida secular y puede que también los que representan la institucionalización y clericalización de la Iglesia.

No somos nosotros los que podemos renovar la Iglesia, por nuestros propios esfuerzos. El Espíritu es el verdadero sujeto de toda renovación auténtica. Él actúa siempre allí donde hay perplejidad. La renovación de la persona y la renovación de la Iglesia van cogidas de la mano. Renovarse quiere decir estar dispuestos a ensayar formas nuevas, a menudo arriesgadas, de adorar y de servir. El Espíritu sopla de donde quiere, y a veces se vale de medios impensados, que no debemos estorbar, y mucho menos condenarlos por prejuicios. Debemos compartir la preocupación de todos aquellos que intentan nuevas formas de culto y ofrecen nuevos conceptos de espiritualidad, precisamente en esta era secular.

La era secular debe ser para todos los creyentes un reto a un encuentro definitivo con el Dios viviente en la persona de Jesucristo, el único a quien debemos un culto razonable: la entrega de nuestras vidas en sacrificio, pues así lo hizo Él por el hombre del mundo.Ω

### **Sobre el autor**

El Pbro. Dr. Rafael M. Cepeda Clemente (Cabaiguán, 20/11/1917 - La Habana, 12/11/2006) integró la primera clase del Seminario Evangélico de Teología y formó parte de su primera Facultad, como profesor de Educación Cristiana.

El presente tema fue presentado por el autor en el Centro de Estudios del Consejo de Iglesias Evangélicas, en la ciudad de Santiago de Cuba, bajo el título original de «Culto y espiritualidad en una era secular».

